

Será para tu sed, mi vida entera,
como un sorbo de agua entre tus manos!

(Lo atrae dulcemente hacia sus brazos, mirándole con los ojos húmedos de voluptuosidad.)

Estamos solos... ¡Ven!... ¡Todos se han ido,
y hace ya tanto tiempo que te aguardo,
para que unidos en un lazo eterno
podamos confundirnos y mezclarnos,
disueltos en dulzuras y en fragancias,
como ofrenda floral del mismo ramo!...

(Con los ojos entornados y la voz trémula, ofreciéndose toda en la sonrisa que le enciende la boca.)

¡Cíñeme con tus brazos la garganta!...
¡Bésame con los besos de tus labios!...

(Se confunden los dos en un beso, sobre el ara del sacrificio, envueltos en las primeras sombras, mientras desciende lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La Plaza de Armas de la Villa Rica de la Veracruz.
Edificaciones rústicas de palma y barro.—A la derecha, la fachada de la casa de Cortés, de estilo español, con grandes soportales.—Al fondo, la ensenada, donde se ven las naos de la flota.—A la izquierda, una calle. Es de noche.

Escena primera

Morón, Bernal Díaz, Pedro Escudero, Bernardino de Coria y Soldados

ESCUDERO

¡Ya cansada de vivir
en esta costa inclemente,
se revuelve nuestra gente,
por no poder resistir
tantas penas y cuidados
como los que está sufriendo!...

MORÓN

Y más, ¡vive el cielo!, viendo
como ven nuestros soldados,
que jamás en su penar
recompensa han de obtener,
sin oro que rescatar
y aun sin agua que beber!...

ESCUADERO

En vez de aquel Eldorado
que Cortés nos prometía
al zarpar, hemos hallado
sólo esta tierra bravía,
en donde el hambre y la peste,
los trabajos y el dolor,
van diezmando nuestra hueste,
y amenguan nuestro valor!...

MORÓN

¡Ya los bravos veteranos
se ven hambrientos vagar,

sin fuerzas ni aun para alzar
una pica entre las manos!...
La sed les quema la boca,
y en su febril desvarío,
bajo un calor que sofoca,
crujen, los dientes, de frío!...
Y mueren entre la espesa
enramada de esos cerros,
disputándole su presa
a los buitres y a los perros!...

(Resuena el lejano suspi-
rar de una gaita.)

BERNARDINO DE CORIA

(Volviéndose, como todos,
para escuchar la música.)

Mas, ¿qué es eso?...

BERNAL DÍAZ

El són doliente
de alguna gaita que añora

la lejana patria ausente,
y por ella, dulcemente,
trémula suspira y llora!...

BERNARDINO DE CORIA

¡Ay, malhaya la ambición
que nos impulsó a jugar
en esta carta, al azar,
las venturas del hogar
y la paz del corazón!...

BERNAL DÍAZ

¡Malhaya el momento aquel
en que el rudo timonel,
rasgando el tul de las olas,
alejó nuestro bajel
de las costas españolas!...
¡Ay, mejor hubiera sido
haberse en el mar hundido,
que no estar en tierra extraña,
con los ojos y el oído
y el corazón en España!...

BERNARDINO DE CORIA

¡Valle que me vió nacer!...
¡Cuándo llorarán mis ojos
de gozo al volverte a ver,
mientras, postrado de hinojos,
cubro con fervor, de besos,
el corazón de la tierra
que de mis padres los huesos
y las cenizas encierra!...

BERNAL DÍAZ

¡Clara campana española,
cuyo inefable sonido
conservo siempre en mi oído,
cual guarda la caracola
en su seno, adormecido,
el sordo rumor del mar!...
Campana de mi lugar,
¿cuándo, dime, tu sonoro
clamor de plata y de oro
podré de nuevo escuchar?...
¡Campana!... Cuando nací
repicaste de alegría...

¡Qué triste morir sería
sin que doblases por mí!...

BERNARDINO DE CORIA

¡Galicia!.. Montes cubiertos
de robles y castaños;
verdes cantiles, y puertos
como esperanzas abiertos
en el furor de los mares!...

¡Galicia!... ¿Cuándo, al sonar
de gaitas y tamboriles,
podré de nuevo danzar
esas danzas pastoriles
en que revuelan las faldas
que van a las romerías;
reposar en tus umbrías,
y verme en las esmeraldas
encantadas de tus rías?...

¡Santiago, patrón de España,
no dejes que en tierra extraña
y en medio de estas arenas,
resuene mi hora fatal,
sin ver antes las almenas
de tu santa catedral!...

BERNAL DÍAZ

¡España, mansión de encanto,
vergel de amor y canciones,
bajo el sol de otras regiones
tu nombre se trueca en llanto
y se reza en oraciones!...

¡Ay, quién pudiera cruzar
cual gaviota, en un vuelo,
tanto azul y tanto mar,
tanta tierra y tanto cielo,
para poder respirar,
en las riberas frondosas
que el Betis fecunda y baña,
el perfume de las rosas
y los claveles de España!...

¡Qué importan, España mía,
el oro y la pedrería
que en el profundo misterio
de este dilatado imperio
prodigó la fantasía,
si alejado de tus lares
no hay más que penas y duelos,
porque ningún pueblo encierra
ni mares como tus mares,

ni cielos como tus cielos,
ni tierra como tu tierra!...

(Se apaga la voz de la gaita; todos permanecen en silencio, profundamente emocionados.)

BERNARDINO DE CORIA

Cesaron las melodías...

BERNAL DÍAZ

(Aparte, a Coria.)

Me voy, que vergüenza fuera
que alguno de aquestos viera
sollozar a Bernal Díaz!...

(Se aleja por la izquierda.)

Escena segunda

Los mismos, menos Bernal Díaz.

ESCUDERO

(A los soldados que permanecen silenciosos, con la cabeza oculta entre las manos.)

Cobardes sois, ¡vive el cielo!,
pues cuando remedios ha,
en vez de buscar remedios
os contentáis con llorar!...

MORÓN

Si libres tenéis las manos,
como hombres libres obrad,
y seguid por la fuerza
lo que por grado no os dan!...

BERNARDINO DE CORIA

¿Qué vamos a hacer nosotros?..

MORÓN

Levar anclas y zarpar
para España...

BERNARDINO DE CORIA

Pero ¿cómo?

MORÓN

Obligando a don Hernán...

BERNARDINO DE CORIA

¿Obligándole?... Es más fácil
con los dedos triturar
los férreos dientes de un ancla,
que torcer su voluntad!...

MORÓN

A su voluntad se opone
la nuestra, que vale más!...

BERNARDINO DE CORIA

Y entonces, en toda esta
comarca no ha de quedar
árbol del que no se mire
un ahorcado pendular!...

MORÓN

Si tanto teméis sus iras,
la frente al yugo doblad,
y morid de hambre y de fiebres
en medio de este erial,
mientras don Hernando apiña
el oro de los demás,
y en brazos de la Malinche
sus amores goza en paz,
soñando que en breve plazo
a sus sienas ceñirá
la corona de estos reinos...

BERNARDINO DE CORIA

¡Vive Dios, que infamia tal
no es posible en un hidalgo
como nuestro capitán!...

ESCUADERO

El que traicionó a su jefe
Velázquez, mejor podrá,
por ser mayor el provecho,
a sus reyes traicionar!...

BERNARDINO DE CORIA

Tales perfidias no creo...

ESCUADERO

¡Vive Dios, que las crearás
si en ellas pones los ojos
y ciego, Coria, no estás!...
Ve el rigor con que nos trata,
y el afecto paternal
que profesa al indio, y dime
si no es extraño en verdad!...
Se asegura que entendióse
con los indios, y que va
a restablecer sus ídolos
y de la cruz a abjurar!...

BERNARDINO DE CORIA

¡No es posible tal vileza!...

MORÓN

¿Que no es posible?... Además,
¿dónde fueron los tesoros
que cual presente real
nos envió Moteczuma?...
¿Dónde fueron a parar
presentes, con cuyo importe
se puede un reino comprar?...
Todo perdióse en las manos
de tan noble capitán,
como si tantas riquezas
se hubiese tragado el mar!...

BERNARDINO DE CORIA

¡No es cierto, que esos tesoros
camino de España van,
para el Rey, en una nave!...

Escena tercera

Dichos y Diego Cermeño

CERMEÑO

(Que ha aparecido momentos antes por la calle de la izquierda, interrumpiendo a Bernardino de Coria.)

Nave que regresará
a estas playas, cuando todos
bajo el golpe criminal
de los indios y Cortés,
hayan muerto, en el altar
de los ídolos!...

BERNARDINO DE CORIA

¿Tú sabes?...

CERMEÑO

Yo debí pilotear
esa nave; pero supe,
por palabras que al azar
sorprendí a Portocarrero,
las urdimbres de este plan,
y aquí me quedé, dispuesto
nuestras gentes a salvar!...

VOCES

¡Matemos a los traidores,
y démonos a la mar!...
¡Volvamos proras a España!...

CERMEÑO

Los marineros están
de nuestra parte, y las naves
dispuestas para zarpar!...

ESCUDERO

Busquemos uno que hable
por todos...

MORÓN

¡Diego de Ordaz!...

DIEGO CERMEÑO

Vamos a hablar a don Diego,
que él con Cortés hablará,
y si no cede por grado,
por la fuerza cederá!

(Se alejan tumultuosamen-
te por la izquierda.)

ESCUDERO

Ya se ha prendido la mecha,
y la mina estallará!...

Escena cuarta

Pedro Escudero y Morón

MORÓN

La bola de nieve rueda...

ESCUDERO

Pues déjala tú rodar,
pues cuantas más vueltas dé,
mayor tamaño tendrá!...

MORÓN

Lo que es de ésta no le libra
a Cortés, ni Satanás!...

ESCUDERO

El oro que aquí no hallaste
Velázquez te lo dará,

y podrás volver a España
a vivir rico y en paz!...

MORÓN

Mas si la ocasión me falla...

ESCUDERO

Entonces puedes mandar
decir misas por tu alma,
porque Cortés te ahorcará!

MORÓN

Mas ¿qué he de hacer, ¡vive el cielo!?

ESCUDERO

¿Qué has de hacer?... Aprovechar
el tumulto que preveo,
y en él a tu gusto obrar...

MORÓN

Te entiendo!... Entre tantas gentes
que enronquecen de gritar,

un arcabuz se dispara
con mucha facilidad...

ESCUDERO

Entendidos!...

MORÓN

Entendidos,
y ni una palabra más!...

ESCUDERO

Pues a embravecer el fuego
si estalló el incendio ya...
Y a Cuba, y después a España,
tu riqueza a disfrutar!...

(Desaparecen por la calleja, mientras Cortés y Malinche salen, conversando, de la casa.)

Escena quinta

Hernán Cortés y Malinche

HERNÁN CORTÉS

¡Cuántas ternuras para mí atesoras!...
Prisionero en mis labios y en mi mano,
tu corazón desbórdase en panales;
y, en vela pasas las nocturnas horas,
con la lealtad humilde de un alano,
tendida de mi puerta en los umbrales!...
¿Qué hacías esta noche?...

MALINCHE

Vigilaba
los niños enfermitos de tu sueño,
con toda el alma en el oído alerta,
pues el goce más grande de tu esclava

es vigilar el sueño de su dueño,
echada en los umbrales de su puerta!...

HERNÁN CORTÉS

¡Vigilando!... ¿Por qué?...

MALINCHE

(Con intención y misterio.)

Porque en la sombra
sus puñales desnudan los traidores,
y, con los pies descalzos, por la alfombra
sin sentir se deslizan, cual reptiles!...
Llegaron hasta mí vagos rumores
de sordas quejas y amenazas viles;
y, cual fiera en defensa de su cría,
mientras tu altivo corazón dormía,
permanecí en la puerta reclinada,
escudriñando en la tiniebla oscura
el resplandor de un arma que fulgura
o el furtivo rumor de una pisada!...

HERNÁN CORTÉS

(En un momento de dolorosa vacilación, como hablando consigo mismo.)

¡Siempre la infamia y la traición!... La
(escoria

obscurciendo el brillo del diamante,
y la envidia acechando al que triunfante,
encamina sus pasos a la gloria!...
Hasta de Cristo la divina frente
la espina del rencor ha ensangrentado!...
¿Por qué a la par, Señor, dime, has creado
el águila real y la serpiente,
el zorro astuto y el león osado?...

MALINCHE

(Viendo a Cortés que permanece un instante en silencio, con la cabeza oculta entre las manos.)

Mas, ¿qué tienes, señor?

(Le separa suavemente las manos.)

Por tu pupila
 cruza una sombra errátil, como el vago
 aletear de un ave, en la tranquila
 esmeralda fantástica de un lago!...
 La curva de tus cejas se contrae,
 igual que el arco de la luna nueva,
 cuando sobre el silencio de la gleba
 en bautismos de amor, la lluvia cae;
 y, algo muy triste, palideces nieva
 sobre la cumbre altiva de tu frente!...
 En la lámpara ardiente
 de tus labios, ¿al soplo de qué brisa
 fatídica apagóse, de repente,
 la llama de coral de tu sonrisa?...
 ¿Fue algún sueño infernal?... Un sueño de
 (esos
 en que el placer transfórmase en espanto,
 y sentimos la muerte, hasta en los huesos,
 y nuestra carne se diluye en besos
 y el alma entera se disuelve en llanto?...
 ¿Qué te aflige?... Postrada en los altares,
 a ese pálido Dios crucificado,
 que sólo porque es tuyo y tú le adoras
 le amo más que a mis dioses familiares,

le rogaré, cual nunca le han rogado,
 que en la celeste siembra de las horas
 no cosechen tus manos más que flores,
 pomas de amor, guirnaldas de alegrías,
 y que, en cambio, mi pobre vida sea
 el vivero de todos los dolores
 y un plantel infinito de agonías!...
 Porque tan solo el corazón desea
 contemplarte feliz, sin que un agravio,
 la sombra más fugaz y más alada,
 apague la sonrisa de tu labio
 y disipe la luz de tu mirada!...
 De toda otra pasión rompe los lazos;
 deja que abrojos de tu senda aparte,
 y ven y gozarás, hasta embriagarte,
 todo el amor del mundo entre mis brazos!...

HERNÁN CORTÉS

¡Calla, Malinche!... Al cazador que avan-
 su corcel a galope, en la espesura, (za
 acosando el espanto de la fiera
 con la ferrada punta de su lanza,
 ¿cómo pedirle que con mano dura

refrene de su potro la carrera,
 para poder oír, bajo las pomas
 que aurifican lo verde del ramaje,
 el arrullo nupcial de las palomas,
 perfumando de mieles el paisaje?...
 El amor, para mí, es una siesta
 breve, en un largo y áspero camino,
 junto a una fuente clara, en la floresta;
 es como el vaso de espumante vino
 que nos ofrece la lealtad de un paje,
 antes de hundir en el ijar la espuela
 y aflojar los borlones del rendaje
 sobre las crines del corcel, que anhela
 lanzarse a combatir encabritado!...
 Amar es, para mí, vivir armado;
 cabalgar y vencer en la batalla;
 regresar a mi tienda ensangrentado,
 rota a lanzazos la crujiente malla;
 y encontrar, en las pieles de mi lecho,
 como almohadón real de mi cabeza,
 la suavidad de seda y la tibieza
 de algún desnudo y floreciente pecho,
 que enamorado y tembloroso late;
 y en él dormir, hasta que azule el día,

y del clarín la bárbara armonía
 me llame nuevamente hacia el combate!...

MALINCHE

¡Cómo te adoro así, crespada de ira
 la cabellera de león, los ojos
 lanzando llamas como ardiente pira,
 y con los brazos hasta el codo rojos
 de dar mandobles o esgrimir la lanza,
 regresando triunfante por la senda,
 de los sangrientos campos de matanza,
 a dormir en mis brazos en tu tienda!...
 ¡Cómo te adoro así, soberbio y fuerte,
 aspirando en tus barbas y en tu aliento
 el calor de la sangre y el violento
 y embriagador perfume de la muerte!...

HERNÁN CORTÉS

¡Y así me agradas, tú, dándome bríos
 para poder triunfar en esta empresa!...

MALINCHE

(Ofreciéndole los labios en
 un arranque de pasión.)

Toma mis labios, que en los labios míos
es una raza entera quien te besa!...
Una raza viril, hosca y forzada,
que oculta, como mágico tesoro,
bajo lo hostil de su apariencia ruda,
alma de bronce y corazón de oro!...

HERNÁN CORTÉS

Yo fundiré a ese oro noble y puro,
el hierro fuerte y el acero duro,
que en sus entrañas de granito encierra,
Castilla, de mi estirpe hogar sagrado,
para que juntos den, en lo futuro,
el más rico y sutil damasquinado
que humana raza presentó en la tierra!..
Raza que ha de asombrar a las naciones
con sus vivas y eternas energías,
libre como tus águilas bravías
y valiente y audaz cual mis leones!...

(Se oye el rumor lejano de
la multitud. Por la izquier-
da aparecen precipitadamen-
te fray Bartolomé de Olme-
do, Bernal Díaz y Pedro de
Alvarado.)

Escena sexta

Dichos. Fray Bartolomé de Olmedo, Pedro
de Alvarado y Bernal Díaz

BERNAL DÍAZ

¡Presto, señor!...

PEDRO DE ALVARADO

La chusma amotinada
contra vos se revuelve enfurecida!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Exige que termine la jornada
y zarpar para España!...

BERNAL DÍAZ

Está vendida
al oro de Velázquez!...

PEDRO DE ALVARADO

Sus desmanes
con sangre castigar será forzoso!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

En nombre de ese grupo revoltoso,
vienen a hablarte algunos capitanes!...

(Entran por la izquierda
Diego de Ordaz, Morón y
algunos capitanes.)

Escena séptima

Dichos. Diego de Ordaz, Morón y Capitanes

HERNÁN CORTÉS

¿Qué pretenden mis soldados?

DIEGO DE ORDAZ

En su nombre os vengo a hablar...
Hambrientos y fatigados
a Cuba quieren tornar,
porque dicen que a vivir
sin medrar, en tierra extraña,
prefieren todos morir
en un rincón, en España!

HERNÁN CORTÉS

Proseguid...

DIEGO DE ORDAZ

Para evitar
otros males, ¡vive Dios!,
todos esperan de vos
que deis orden de zarpar!...

HERNÁN CORTÉS

¿Que yo ordene la partida?...

DIEGO DE ORDAZ

Así lo exigen, señor...

HERNÁN CORTÉS

¿Lo exigen?...

DIEGO DE ORDAZ

Aún es peor:
os lo imponen...

HERNÁN CORTÉS

¡Por mi vida,
qué sus razones tendrán
esas chusmas al querer
obligarme a obedecer!...
Mas, vos, señor capitán
de esa amotinada gente,
que sois más noble que el sol,
pues sois noble doblemente
por lo noble y lo español,
decid: ¿qué me aconsejáis
que os responda, porque quiero,
ya que sois tan caballero,
que a vos mismo os respondáis?..

DIEGO DE ORDAZ

Os aconsejo zarpar,
cuanto más presto, mejor!...

HERNÁN CORTÉS

¿Quién me viene a aconsejar,
Diego de Ordaz: vuestro honor,

o el temor de perecer
 en las manos de esa gente?...
 Responded sinceramente,
 que yo os juro complacer,
 siempre que vuestro denuedo
 tan proverbial, no haya sido
 sin daros cuenta, vencido
 por la infamia o por el miedo!...

DIEGO DE ORDAZ

Esas palabras...

HERNÁN CORTÉS

¡Paciencia!...
 ¡No os exaltéis, ¡vive Dios!,
 que lo que yo os digo a vos
 os lo grita la conciencia!...

DIEGO DE ORDAZ

La vuestra os puede gritar...

HERNÁN CORTÉS

¡Puede que me grite, sí,
 porque tranquilo os oí,

sin llegaros a arrancar
 con estas manos la lengua
 que a la infamia haciendo coro,
 ha llegado a hablar en mengua
 de vuestro propio decoro...

DIEGO DE ORDAZ

Mi decoro no admitió
 protectores ni terceros:
 para defender sus fueros
 me basto y me sobro yo!...

HERNÁN CORTÉS

Pues ahora, a lo que entiendo
 por lo que a decir osáis,
 vos sois el que le ultrajáis
 y soy yo quien lo defiendo!...
 No os extrañe que, vehemente,
 lo defienda con tal brío,
 porque siempre juzgué mío
 el decoro de mi gente!...
 ¡Por eso me da tristeza

que eligieran, ¡vive Dios!,
 para exponer tal vileza
 a un hidalgo como vos!...
 Id, Ordaz, a responder
 a las turbas lo que os digo:
 —Que aquí vinieron conmigo
 y conmigo han de volver!...
 Y yo salir no he pensado
 de esta tierra hosca y huraña,
 hasta haberla conquistado
 para Cristo y para España!...
 En prueba de señorío,
 picotas y horcas alcé,
 y en ellas colgar sabré
 a los que, faltos de brío,
 o unidos a la traición
 se rebelen contra mí!...
 Vete, y a esa chusma di,
 Ordáz, mi contestación!...

(Salen por la izquierda
 Diego de Ordaz, Morón y los
 capitanes.)

Escena octava

Malinche, Hernán Cortés, Bartolomé de Olmedo,
 Alvarado y Bernal Díaz

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Dad treguas, que el caso es serio,
 y así tiempo nos darán
 para intentar disuadirles
 de su empeño....

HERNÁN CORTÉS

(Como quien toma de
 pronto una resolución irre-
 vocable.)

¡Basta ya,
 que yo les sabré imponer
 a todos mi voluntad!...

(Dirigiéndose a Alvarado.)

¿Con cuántos contar podemos?...

PEDRO DE ALVARADO

Con muy pocos: con Bernal,
mis hermanos, Escalante
y Gonzalo Sandoval!...
Pero son los suficientes
para poder encerrar
esa turba, a cintarazos!...

HERNÁN CORTÉS

Otros recursos habrá,
que con tantas turbulencias
para siempre han de acabar!...
Escucha...

(Le habla aparte, en voz
baja.)

PEDRO DE ALVARADO

(Asombrado de lo que le
habla Cortés al oído.)

¡Viven los cielos,

que a la Historia ha de asombrar
esta hazaña!...

HERNÁN CORTÉS

(En voz alta a Alvarado.)

Cuando esté
todo dispuesto, ordenad
que dispare un cañonazo
la capitana... Bernal:
cuando oigáis el cañonazo
a la playa bajarás;
te apoderas de los botes,
y que nadie se dé al mar!...
Los hermanos de Alvarado
esperándote estarán!...
¡Cumplid mis órdenes, presto!...

PEDRO DE ALVARADO

(Al partir asombrado ha-
cia la playa.)

¡Por Dios vivo, don Hernán,
que no salgo de mi asombro!...

HERNÁN CORTÉS

(Penetran Cortés, Malinche y fray Bartolomé, en la casa del primero, mientras aparece cautelosamente, como si hubiese estado espiando, Morón, por la calle de la izquierda.)

¡Padre, en mi posada entrad!..

BERNAL DÍAZ

(Reparando en Morón y echando mano a la espada.)

¡Por San Pedro, que este espía a serlo no volverá, pues con él voy, ahora mismo, mi antigua deuda a saldar!...

Escena novena

Bernal Díaz y Morón.

BERNAL DÍAZ

(Deteniendo a Morón, que cautelosamente avanza hasta el centro de la escena.)

¡Tenéos!...

MORÓN

¿Qué me queréis?...

BERNAL DÍAZ

¿Una deuda no tenéis que es preciso solventar?...

MORÓN

Tiempo habrá...

BERNAL DÍAZ

Mas, ¿no sabéis
que os la vengo a reclamar?...

MORÓN

¿Quién reclama?...

BERNAL DÍAZ

¡El acreedor!...

MORÓN

Y esa deuda fue...

BERNAL DÍAZ

¡De honor!...

MORÓN

Deuda es esa ya fallida...

BERNAL DÍAZ

No, que aun te queda, traidor,
para pagarla, la vida!...
Aunque el cobro retrasé,
renuncia de él nunca he hecho,
y réditos cobraré,
que en tanto aliente tu pecho
nuestra deuda estará en pie!...

MORÓN

(Intentando marcharse.)

Mañana será saldada...
Ahora tengo prisa... ¡Adiós!...

BERNAL DÍAZ

(Interponiéndose, con deci-
sión.)

¡No escaparás, ¡vive Dios!,
sin que esa deuda atrasada
no solventemos los dos!...

Cortés.—13

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cód. 1625 MONTE

MORÓN

(Echando mano a la espada.)

Deuda es esa, a lo que infiero,
que se salda de una vez
con medio palmo de acero!...

BERNAL DÍAZ

Tú mismo te has hecho juez
de tu causa... ¡A ver, fullero,
si en esta mortal jornada,
esa mano acostumbrada
al robo, tan hábilmente
maneja, al lidiar de frente,
como los naipes, la espada!...

MORÓN

¿La muerte buscas?...

BERNAL DÍAZ

Me río
de tus bravatas, Morón,

porque si no es a traición,
tu brazo no tiene brío
para herir a un corazón
tan valiente como el mío!...
¡En guardia, pues, si no quieres
que como a un perro te mate!...

MORÓN

(Poniéndose en guardia.)

El esquivar un combate
es propio de las mujeres...
Riñamos, si ese es tu agrado;
mas cuando caigas postrado,
desangrándote ante mí,
de un fin tan desventurado,
cúlpatelo tan solo a ti!...

BERNAL DÍAZ

(Acometiéndole.)

¡Por mí responde mi acero!..
Acaben tus villanías
por siempre...

(Le hiere en el pecho.)

MORÓN

(Sintiéndose herido y dejando caer la espada.)

¡Jesús!... ¡Me muero!...

(Da algunos pasos, vacila y cae bajo los soportales.)

¡Por tu fe de caballero,
socórreme, Bernal Díaz!...

(Se intenta incorporar y vuelve a caer.)

Veme sangrando a tus pies...
¡El oro!... ¡La confesión!...

(Como desvariando. Bernal Díaz se inclina a socorrerlo.)

Prepárase una traición
para matar a Cortés...
Mi mano era la encargada
de darle muerte!... Tu espada

la Providencia guió,
pues sin aquesta estocada
le hubiese matado yo!...
Están, para darse al mar,
nuestros barcos preparados...
Marineros y soldados
son traidores a la par!...
Ordaz, Cermeño, Escudero,
son alma de la traición!...

(Su voz se extingue en los estertores de la agonía. Resuena un cañonazo. Bernal Díaz abandona al herido, y se dirige al fondo precipitadamente.)

BERNAL DÍAZ

¡Ya ha resonado el cañón!...

(Desaparece, mientras Morón, arrastrándose, se desploma casi en los umbrales de la casa de Cortés.)